

Hace cien años escribir era un don de unos cuantos «elegidos». Hoy ha ascendido el nivel cultural. Abundan los libros sociológicos, biológicos, psicológicos; todos de interés, pero a ellos no podemos llegar.

—Ahora viene la tónica pregunta acerca del "boom" latinoamericano, Delibes.

—Tengo que decir que para mí hay cuatro escritores importantes: Carpentier, Vargas, Márquez y Rulfo, pero no puedo olvidarme de los magníficos cuentos de Cortázar. El libro que no tiene carga humana no me interesa. Ya sabes a qué libro me refiero.

—La otra tónica pregunta: lo "social".

—Los novelistas de esta escuela llenaron el vacío que dejaba la prensa entonces en materia de la denuncia de injusticias y situaciones reales. Ciertamente, prevaleció en ellos la preocupación por la ética sobre el cuidado de la estética. De todos modos, no se puede desligar su proceso, ni el mío ni el de nadie, de la circunstancia histórica en que ocurrieron.

—¿Los salvas, entonces?  
—Los salvo, desde luego. ■  
EDUARDO G. RICO.

### Unamuno: Un joven dialéctico

Frente a la tónica imagen de un Unamuno irracionalista, agónico y desmesurado —ese gran don Miguel "doutoroteo", en perpetua y dispareja lucha contra sí mismo—, el crítico y profesor Manuel Pizán nos ofrece, en breve ensayo de reciente publicación (1), la imagen de un Unamuno juvenil, encuadrado serenamente en lo que podríamos denominar "hegelianismo de izquierdas". Esta visión no constituye una novedad absoluta en el tratamiento del personaje: hace pocos años, Pérez de la Dehesa publicó un interesante estudio sobre las vinculaciones y tendencias sociopolíticas del primer Unamuno (2), si bien es cierto que en dicho estudio las implicaciones meramente filosóficas no eran objeto de exclusiva dedicación. Para sustentar su tesis, Manuel Pizán parte, en primer lugar, de las propias afirma-

ciones de Unamuno: "Aprendiéndome alemán en Hegel, en el estúpido Hegel, que ha sido uno de los pensadores que más honda huella han dejado en mí. Hoy mismo —confesaba don Miguel en una carta a Federico Urales— creo que el fondo de mi pensamiento es hegeliano". Este hegelianismo se muestra con especial relevancia en algunos sectores de la producción literaria y filosófica de Unamuno; sobre todo, en las "Tres novelas ejemplares" y en la aún inédita "Filosofía lógica". Según Manuel Pizán, Unamuno, "en toda su obra literaria, muestra una estructura en el desarrollo argumental, e incluso en éste mismo, típicamente hegeliana, y aun dialéctica poshegeliana en el sentido más radical del concepto". En cuanto a la forma unamuniana de razonamiento por oposición de contrarios —forma imposible para un aristotélico ortodoxo—, "no es sino transposición de las antítesis hegelianas". Más aún: el concepto de "agonía", tan entrañablemente inserto en el pensamiento de Unamuno, es, a juicio de Manuel Pizán, un simple trasunto terminológico del "mismismo devenir hegeliano".

Aunque en el ensayo que comentamos se alude a la influencia marxista en Unamuno —o, por decirlo de otro modo, a la cristalización práctica de un hegelianismo filtrado por los tónicos del materialismo dialéctico—, Manuel Pizán ha descuidado en cierta medida el estudio de tal influencia. Y esto es, a mi entender, un grave fallo. Porque para desvirtuar la imagen del Unamuno "desmelenado y espiritualista", nada habría sido mejor que ofrecernos la imagen carnal, actuante, física de un joven Unamuno políticamente comprometido. El simple "desvelamiento ideológico" del primer Unamuno no basta para contrapesar el recuerdo del "voluntario y unambulesco" rector de Salamanca. ■ S. R. SANTERBAS.

(1) MANUEL PIZÁN: «El joven Unamuno (Influencia hegeliana y marxista)». Ed. Ayuso. Madrid, 1970.

(2) RAFAEL PÉREZ DE LA DEHESA: «Política y sociedad en el primer Unamuno». Editorial Ciencia Nueva. Colección «Los Complementarios», Madrid, 1966.

### Carranque de Ríos, un hombre marginado

Nacido en un hogar bastante huero en lo que se refiere a tranquilidad financiera y sentimental, y aprendiz más tarde de ebanistería, Carranque de Ríos dio con su frágil humanidad en la cárcel, por primera vez, en 1917, tras haber fundado un grupo anarquista, «Spartacus», y haber asaltado las tiendas de comestibles de Embajadores. Tenía quince años. La experiencia carcelaria se repite cuatro años más tarde, esta vez por difusión de octavillas clandestinas. Los catorce años que le quedaban de vida no fueron dilapidados en absoluto. A los veinte publica su primer libro de poemas, *Nómada*, al que seguirán tres novelas, *Uno* (1934), *La vida difícil* (1935) y *Cinematógrafo* (1936). Su vida la constituyen una serie de jaloneos en las más heterogéneas instancias: «manager» de su hermano boxeador, modelo en la Escuela Superior de Bellas Artes, rastreador de suscripciones para una revista de modas, peón albañil... poeta de desperdigados casinos y actor. En 1928 trabaja en «Zacalín el aventurero», junto a Pío Baroja, que en la cinta encarna a un teniente carlista. De su amistad con don Pío surgirá el prólogo de éste para la novela *Los días duros*, titulada más tarde *Uno*. Y Carranque viaja a París, hace amistad con los surrealistas franceses, publica cuentos, crónicas, reportajes y críticas

cinematográficas, conoce a Alvarez del Vayo, interviene en el Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura, celebrado en París en 1935, y un año más tarde, a los treinta y cuatro de edad, muere de cáncer de estómago. Había sido un hombre verdaderamente consciente de su tránsito y un escritor profesional. Puede decirse que debió ser un individuo enorme.

Marginado de los manuales al uso e impúblicables sus novelas, Carranque de Ríos era un nombre prácticamente desconocido. Recientemente se ha publicado una recopilación de sus narraciones (1), entre las que cabe distinguir la primera y más extensa: «De la vida del señor etcétera», así como «Gente joven» y «Un astrónomo». Su estilo es sumamente llano y eficaz. Rápidamente trazados los caracteres, la anécdota fluye según una prosa llana, de acuerdo con una estructura lineal y sin complicaciones, directamente expresiva. Y hasta tal punto es así, que cuando Carranque da con un hallazgo expresivo o descriptivo, lo repite en otra narración. Incluso cuando redondea un cuento perfecto (como en el caso de «Un astrónomo»), lo repite —siete años más tarde, con el título «En la cárcel»— con escasísimas diferencias, prácticamente con la única distinción de algún modo verbal y la introducción de puntos y aparte. Para el escritor únicamente tenía valor el significado, el fondo. La forma, el significado, carecían de otros valores, como no fueran los inmediata-

mente testimoniales. Y aquí radica precisamente el valor histórico y sociológico de la obra de Carranque. Sin el dato que aporta, la historia de la literatura española, a partir de sus textos, hubiera quedado mermada. ■ E. CH.

(1) CARRANQUE DE RÍOS: «De la vida del señor etcétera y otras historias». Editorial Helios. «Hechos y palabras». 1970.

## MÚSICA

### ¿Arte femenino?

Podría suponerse que la música sea un arte exclusivamente para mujeres, o bien de las mujeres para los hombres. Al menos esta es la errónea aunque lógica conclusión a que podríamos llegar a la vista del actual programa de Bachillerato. Ya en cursos anteriores habíamos examinado los textos de las chicas, que dentro de la asignatura Formación del Hogar incluyen nociones de sofofe, familias de instrumentos, Historia de la Música, etcétera, por lo que podríamos pensar que la formación musical en la Enseñanza Media es un hecho. Sin embargo, el hecho queda en buena medida inválidado, como ocurre con otras materias, por reducción del programa en la práctica a unas simples lecciones memorísticas que sin la audición y sin la ejecución instrumental, a discreción, si se quiere, valen para muy poco. Pero la falta de unión de la teoría con la práctica material, activa, en nuestra educación es un problema metodológico de tal envergadura que no vamos a tratarlo ahora. Lo que no esperábamos es que, tras las últimas reformas educativas, se mantuviera en el presente curso la doble discriminación masculino-femenina, que por una parte deja ayunos de la más ligera formación musical sistémica a los chicos, y por



Carranque  
de Ríos.